

EL ALBUM.

SEMENARIO DE LITERATURA Y CIENCIAS.

AÑO II. MURCIA 25 DE MAYO DE 1877. NÚMERO 20.

SUMARIO.

LAS AVES, por D. P. M. Palao.—COSAS, por D. A. Abril.—Á ELLOS, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—EL SÉPULCRO DE UNOS MÁRTIRES, por D. R. S. Madrigal.—ROMANCE MURCIANO, por don J. M. Tornel.—DOLORAS, por D. A. Blanco.

LAS AVES.

Á MI QUERIDO AMIGO EL POETA
D. VIRGILIO GUIRAO.

La gravedad es una cadena que nos aprisiona á la tierra: ¡Qué esclavitud tan grande la de nuestro propio peso! ¡Qué dolor tan triste el de nuestra propia debilidad!

El ave es un ser envidiable; es un misterio en este mundo en que la materia triunfa, y el espíritu vive en eterna sombra y mísera impotencia: El ave vive en las alturas, inundada de luz, compañera de los meteoros, superior á todos los seres. El amor, la debilidad, la hermosura, el canto y la inocencia, todo se reune en ella para formar una vida de ternura y de inspiracion. No pertenece á la tierra sino por sus necesidades; pertenece al cielo por sus aspiraciones y su vuelo.

El peso, el espacio y el tiempo son nuestras principales miserias; de ellas están casi exentos estos privilegiados vivientes. Se desprenden de la tierra, se emancipan de ella, y se entregan al éter, lo mismo que el espíritu, como el pensamiento, como la luz á la cual tienen pasion, como los sonidos cuya música les fué enseñada por la madre naturaleza.

El espacio apenas existe para las aves; lo dominan con sus alas, lo abarcan con su mirada, lo salvan con sus fáciles emigraciones. Tampoco el tiempo tiene valor para ellas, casi lo desprecian. La paviota sale de la costa donde tiene su nido, llega á la mitad del océa-

no, saluda á los marineros que van para América, y describe algunos círculos sobre las vergas de los navíos, tranquila y descuidada como si no fueran ya las cuatro de la tarde. Ella dormirá en su nido, ella desandaré en tres horas las doscientas leguas que recorrió en otras tres.

En cambio la alondra, tras de una noche de temores, acostada en el suelo, de donde por todas partes surge el peligro, levanta su vuelo así que presiente el día, y sube como ascension de un espíritu en busca de la luz. Entre ella y su nido no hay una distancia sino una altura; cuando el resplandor de la mañana empieza á iluminarlo, ella desde las nubes lo contempla estática, arrobada, frenética en sus cantares. Aquellos temores de la noche, aquellas alarmas de su corazon exaltaron su pecho, y descendiendole suspirando de contento, agitada por sus esperanzas, garantida por el día. No quiere ir lejos: el valle que le vió nacer es el mismo que le verá morir; el cielo que visita todas las alboradas, es el mismo que estenderá sobre sus restos blanca losa de nieve y en ella los rayos del sol escribirán un epitafio de cristal.

¡Pobre alondra! su voz es lastimera cuando anda por la tierra; alegre y estallante cuando canta en el cielo. Nació para el espacio, pero el espacio no le ofrece ni un grano de trigo ni un lecho de descanso. ¿Dónde construirá su nido, si no descendiendole de las nubes y se posa sobre la yerba? Ama el dolor, y canta la alegría. Sus alas la llevan á una especie de empuje matutino, y sus afectos la precipitan á compartir con los demás seres las angustias de la vida.

¡Qué poco viven las aves para la materia! No sienten la voracidad, no saborean el alimento, no se gozan en la masticacion. Parece que comen sólo para vivir y que beben sólo

